

esta muerte? Había olido el tesoro que está en aquel glorioso sepulcro (que arriba dijimos), y como el halcón que ha divisado la garza, no puede sosegar en el alcándara, y trabaja de romper las pigüelas por ir tras de ella, así este divino contemplativo vivía sin sosiego en la carne mortal y deseaba romper las pigüelas y quitarse el capirote del cuerpo corruptible, por ver á Cristo y unirse sin medio con Él. No decía el otro Profeta (1): «Suba yo al pueblo ceñido y ajustado á la voluntad de Dios, y siquiera me coman gusanos y se corrompan y pudran mis huesos». Y porque el fin principal que en todos estos ejercicios tiene el alma, y el que en este tratado pretendemos, es llegar á esta cópula y unión bienaventurada con el Esposo, y á aquel beso que con tanta ansia pide la esposa en el principio de los *Cantares*, me pareció añadir á lo dicho lo que de esta unión he podido alcanzar, y el orden y escalones por donde se sube á tanto bien.

(1) Habac., III, 16.



CAPÍTULO X

DE LA BIENAVENTURADA UNIÓN QUE MEDIANTE
EL AMOR EXTÁTICO HAY ENTRE DIOS Y EL
ALMA.

CONDICIÓN es y propiedad del *bien* (según sentencia del Filósofo) ser de todas las cosas apetecido y deseado. Esto mismo podemos afirmar de la unidad; porque, quien apetece el bien, apetece juntamente el ayuntarse y hacerse uno con él. Boecio dice que tanto tiene una cosa de bondad cuanto de unidad; y que todo lo que es, persevera y es en cuanto es uno, y, dejándolo de ser, necesariamente se ha de acabar. Ejemplo tenemos en el cuerpo y en el ánima; que si del cuerpo quitamos la unidad, esto es, si dividimos las partes que en él están unidas, es forzoso el perecer. Y si ponemos división entre él y el alma, luego se ha de seguir muerte. Pues dividamos los principios del ánima, que son materia y forma: sin duda ninguna se convertirá en nada. La razón de Boecio es maravillosa. Todas las cosas (dice él) desean ser y conser-

vase en el ser, y huyen cuanto pueden su acabamiento; luego, si no es posible ser sino mediante la unidad, forzosamente se sigue que han de apetecer el ser una cosa entre sí. Y si tan gran negocio es la unidad y tanto el amor de ella en todas las criaturas, ¿cuánto mayor debe ser en el alma, por unirse y juntarse á su Dios, bien infinito, pues se puede alcanzar mediante el amor? Que propiedad es suya juntar el amante con la cosa amada. Aristóteles, en las *Æthicas*, habló de esta unión cuando dijo: *Mi amigo es otro yo*. Y en otra parte: *Un querer y un no querer tienen los que se aman y son amigos*. De aquí se colige que, cuando nuestro espíritu se allega á Dios por entrañable amor, se hace una cosa con Él por conformidad de voluntades; y el que perfectamante ama y perfectamente se allega á Dios, ora con verdad: *Fiat voluntas tua*. Que es lo mismo que decir: «Señor, haz que la libertad de nuestro albedrío se acompañe y ajuste por gracia y amor á tu voluntad». Y el que de esta manera ora, ora sin duda en espíritu y verdad, como en su Evangelio nos lo enseñó Cristo.

Para la inteligencia de cosas tan altas, y tan de pocos experimentadas, se ha de notar lo primero, que el unirse la criatura racional ó intelectual con Dios, así en la vida presente como en la patria, no puede ser por transformación esencial de la divina esencia en la naturaleza intelectual criada, sino por unión aptitudinal, habitual y actual. La razón de esta imposibili-

dad es porque la naturaleza divina, por su simplicidad y unidad perfectísima, no puede concurrir con otra como parte á la constitución de un tercero, ni otra se puede transformar ni convertir en ella. Galanamente dijo esto San León, Papa (1): «A la simplicísima naturaleza divina ninguna cosa se le puede quitar ni poner, porque siempre es lo que es y á quien es propio y sempiterno el vivir y el entender».

Nótese lo segundo, que hay dos maneras de unirse el amante con el amado; una, según la realidad de la cosa, que es cuando lo que se ama está realmente presente, porque siempre se presupone existencia de parte de las cosas que se han de unir. La cual unión es efecto principalísimo del amor. De aquí vino á decir Aristophantes, filósofo, referido por Aristóteles (2): «Que los que se aman desearían que de dos se hiciese uno, si no fuese por los inconvenientes que de ello se seguirían; conviene á saber, corrupción deambos ó de uno de ellos». Por lo cual buscan la unión real, esto es, conservar, vivir y tratar juntamente y juntarse de otras muchas maneras reales. Otra unión hay según el afecto, la cual formalmente obra y causa el amor, porque él es el lazo y la liga de ella. Causase esta unión

(1) *Simplici divinitatis naturæ nihil addi, vel minui potest, quia semper est quod est, cui proprium est, cui sempiternum est vivere, et intelligere. Divus Leo, Papa.*

(2) *Aristophantes, philos., in 2 Politic.*

de la aprensión precedente, porque el apetito se mueve á seguir y apetecer el bien aprendido. Esto se ve claro, lo primero en el amor de concupiscencia, que es amar y codiciar lo que aprendemos ser conveniente á nuestro ser. Lo segundo, en el amor de amicitia; que si soy amigo de uno, le quiero todo bien como á mí mismo, y le amo como á otro yo, en cuanto le deseo el bien que á mí. Y esto es lo que dijo el filósofo (1). *Mi amigo es otro yo.*

Nótese lo tercero, que, según los diversos modos de existencia que Dios tiene en sus criaturas, son varias las conveniencias, amores y uniones que nacen entre Él y ellas. Y por que no salgamos del propósito, sepa el lector que Dios existe, ó está en sus criaturas *naturalmente*, y de aquí proviene la unión natural. Existe *aptitudinalmente*, y de ahí nace la unión aptitudinal. Existe *habitualmente*, y ahí se funda la unión habitual. Finalmente, está *actualmente* en ellas, y de ahí se saca la unión actual. De estas cuatro diferencias de uniones, conviene á saber: natural, aptitudinal, habitual y actual, habemos de tratar por su orden, para que de raíz se entienda de qué unión hablamos al presente y cuál es la que pretende el alma en este ejercicio del amor gratuito, frutivo y extático.

Cuanto á la primera unión natural, digo que Dios está en todas las cosas con una general

(1) Amicus est alter ego.—Aristot.

existencia, según tres géneros de causas: eficiente, apropiada á la presencia, y final, apropiada á la esencia. Contra la infinidad de la divina potencia nada vale. Por limpieza de la divina presencia, ninguna cosa se esconde; y, fuera de la inmensidad de la divina esencia, ningún ser hay criado ni creable. De esta manera está Dios en cualquier criatura sensible ó insensible, corporal ó espiritual. Y aun si por imposible se diese que las criaturas no dependieran de Dios en ningún género de causa, Él es tan grande, que por su inmensidad se diría estar en todas ellas, porque ni ellas estarían sin Dios que las penetra, ni Dios sin ellas, pues las abraza. La segunda unión, que es de sola la criatura racional, y se considera en respecto de las tres potencias de la ánima, se llama *aptitudinal*. Y llámense así, porque el ánima en el principio de su creación es como una tabla rasa, apta y dispuesta para ser perfeccionada por hábitos intelectuales, morales y gratuitos, adquisitos ó infusos; porque, mediante éstos, las potencias son adornadas y hermoeadas y reformadas á la semejanza de Dios, trino en personas y en esencia uno. Estas tres potencias se dicen naturales, porque no pueden borrarse del ánima si no es que Dios la aniquilase. De aquí es que el hombre por el pecado original perdió la rectitud, pero no la aptitud; perdió el hábito, pero no el apetito. La semejanza del ánima con Dios se considera respecto de los dones gratuitos, por-

que mediante ellos puede ser, y es hecha, participante del mismo Dios por un lapso deforme, esto es, por la gracia, que es don divino, que se deriva ó resbala de Dios en nosotros, y nos deifica y asimila á Él en cuanto acá vivimos, por los hábitos y actos de las virtudes teologales, y en el Cielo por los tres dotes gloriosos. Lo cual es ya de la tercera unión, dicha *habitual*. Ésta es en dos maneras: una, respecto del estado de viadores; otra, respecto del de los comprensores. La primera unión nace del amor gratuito, que une el afecto de nuestra alma con Dios, y radicalmente se funda en la gracia que nos hace á Él gratos. Esta unión presupone las tres virtudes teologales, los dones del Espíritu Santo, las bienaventuranzas y otros hábitos virtuosos, principalmente infusos, de todos los cuales, la gracia, que nos hace gratos, es raíz, forma y fin. Quanto al estado de comprensores, se considera esta unión según los tres dotes consumados en la raíz de la gloria, que son: visión descubierta, cierta tendencia y dilección perfecta, porque allí se ve Dios rostro á rostro, y se tiene para no soltarse, y perfectísimamente, sin intermisión, se ama. Estos tres dotes son continuos y conjuntos siempre á sus actos elícitos; porque, conforme el parecer de Aristóteles, *la felicidad consiste en operación y unión actual*, es decir, que el bienaventurado siempre está actualmente viendo y teniendo y amando el sumo bien, que es Dios. Lo cual pertenece ya á la

cuarta unión, dicha *actual*. Ésta se divide como la pasada, conviene á saber, respecto del estado presente y del futuro. Quanto al estado presente, se considera según la principal, y experimenta la operación de las tres virtudes teologales fundadas en la gracia, *gratum faciente*, que es una en la esencia y trina en los hábitos y virtudes ya dichas: llámase esta unión *actual*, porque resulta de la habitual y formal gracia, *gratum faciente*, que se manifiesta y sale en sus actos, la cual es más perfecta en el segundo que en el primero formal y habitual. El ejemplo de esto está claro en las otras formas, que del acto primero, que es informar, proceden á los segundos, como la vida al vivir, la luz á alumbrar; el entendimiento á entender, el sentido á sentir. Adviértase empero que la gracia no produce inmediatamente los actos de las virtudes teologales sino por el imperio de la voluntad y las potencias, conviene á saber: racional, irascible y concupiscible; y mediante la fe, esperanza y caridad, que son los hábitos y virtudes teológicas, producen y sacan sus actos gratuitos, que son unas percepciones ó gustos experimentales y actuales que en este destierro juntan y unen el ánima con Dios. Y es así que la fe nos endereza á la suma verdad en el creer y asentir á lo que se nos manda. La esperanza nos levanta á la suma majestad y largueza por los actos de alabar y esperar. La caridad (que es unidad cara), nos une con la suma bondad, abrazan-

do y amando. De aquí es que la caridad, en cuanto virtud teologal, dice hábito y causa unión habitual de la manera que Dios habitualmente se une por gracia y virtudes á los niños de nuevo bautizados. Nótese empero, que en esta cuarta unión de que hablamos se requiere actual experiencia y sentimiento y ayuntamiento actual de nuestro afecto con Dios, lo cual obra y causa el fervor actual de la caridad; y en tal caso la dicha caridad, en cuanto hábito teológico, es lo mismo que el amor gratuito, sobrenatural é infuso, y de este amor gratuito habitual resulta amor actual, frutivo y extático, que es lo mismo que la caridad actual en cuanto fruto del Espíritu Santo, de donde proviene la unión actual de que hablamos. Esta unión actual se llama también *experimental*, porque consiste en experiencia, sentimiento y gusto de la íntima suavidad; consolación, regocijo y deleite que procede de la conjunción ó ayuntamiento del ánima con el supremo objeto suyo, que es Dios, mediante el amor intenso y fervoroso; llámase también esta unión *graciosa*, porque para ella ni la naturaleza basta, ni por alguna industria humana se alcanza, sino que por privilegio especial la da y comunica el Espíritu Santo á quien quiere y cuando quiere y como quiere. Al fin ésta es una prelibación, una salva ó gusto de la gloria futura, arra y prenda de la felicidad eterna que comienza en este destierro y se perfecciona en la patria por la gracia consumada.

De la segunda unión actual, que pertenece al estado de gloria, así como nos consta que, á lo menos de ley común, ninguno tiene de ella experiencia ni la goza, porque incluye fruición, que es consumada percepción y gusto de Dios claramente visto y perfectamente amado, y es premio de comprehensores, así nos obliga á pasarla debajo de silencio. Y por remate y fin de lo hasta ahora dicho acerca de la unión mediante la cual toda el ánima se junta y une con Dios, se debe notar que todo este mundo, interior y exteriormente considerado, fué criado para unidad, esto es, para que todas las cosas sean consumadas en uno. Pues, según sentencia de San Dionisio, todas participan de uno. Y así, Él ordenó y constituyó su mística teología en la unión que se hace sobre la mente ó porción superior de nuestra alma, que consiste en tres eminentes potencias, conviene á saber: en memoria intelectual, inteligencia y voluntad. De lo cual se sigue que el más perfecto estado á que el hombre puede llegar en este destierro es á unirse con Dios; de suerte que, recogidas todas las fuerzas y potencias del ánima en Él, se haga un espíritu con Él, y de tal manera quede deificado y endiosado que ninguna cosa sienta ni entienda ni ame fuera de Dios, y en sólo Él reposen y se quieten todos sus afectos y deseos. Y porque la imagen de Dios en el ánima se considera en estas tres potencias: entendimiento, memoria y voluntad, en cuanto ellas no estu-

vieren de todo punto impresas en Dios, no se puede llamar dicha ánima deiforme, porque su forma es Dios, al cual se ha de ajustar como la cera al sello, cuya forma y figura, sin faltar una sola raya, recibe. Será, pues, perfectamente imagen de Dios nuestra ánima cuando la inteligencia, según su capacidad, perfectamente fuere alumbrada para el conocimiento de Dios, que es suma verdad; cuando la voluntad perfectamente estuviere aficionada para amar la suma bondad; cuando la memoria plenariamente fuere absorbida para contemplar, tener y gozar la suma felicidad. Y porque en la perfecta consecución de estas cosas consiste la perfecta bienaventuranza que esperamos, bien se sigue que en la perfecta incoación y principio de ellas estará la perfección de los viadores. Grandes cosas son éstas, por cierto, y que exceden nuestras fuerzas, industrias y conatos, pero no imposibles á los hombres ayudados de la gracia y favores del cielo, si también ellos se ayudan y con humildad hacen de su parte lo que pueden, limpios de todo pecado y desasidos de la *codicia de ojos, y de carne, y de la soberbia de la vida*, á que se reduce todo lo que hay malo en el mundo.

En el cuarto libro de Esdras se escribe: que «deseando este santo varón que nuestro Señor le revelase algunos misterios que de los tiempos futuros ignoraba, después de un largo y prolijo razonamiento, y tres días de meditación y ayuno, entre otras cosas le dijo el ángel: Amigo

Esdras, necesario es que deis de mano y renunciéis al pecado, que es corrupción del alma, y que os descarguéis de las molestias humanas y pesadumbres de la carne; que os desnudéis de la naturaleza enferma, y, puestas á un cabo las meditaciones y congojas que perturban el corazón y le inquietan, en el tiempo de la oración procuréis con priesa salir de este siglo, porque, estando en él, ó habiendo en vuestra alma algo de lo dicho, no sois digno de la conversación y familiar trato con Dios».

Lo mismo le sucedió á Moisés, que, queriendo atrevidamente llegar á la zarza en que Dios estaba, le fué dicho (1): «Quitaos los zapatos, que el lugar donde estáis es tierra santa». Lo cual fué decirle que no llegase sin consideración ni con algunos pensamientos de carne á ver y tocar una cosa tan espiritual y divina. Pues si para sólo oír hablar á Dios se le pide tanto aparejo á Esdras, y para verle enzarzado manda á Moisés que por los espinos vaya descalzo, ¿qué aparejo será razón que haga el alma que no trata ya de hablar y ver, como Moisés y Esdras, sino de unirse y juntarse á Dios por amor, y hacerse un espíritu con Él?

(1) Exod., 3.





CAPÍTULO XI

DE LA ORACIÓN, QUE ES LA CASAMENTERA ENTRE DIOS Y EL ALMA, Y MEDIO ADMIRABLE PARA ESTA UNIÓN.

FUNQUE parece, y es ello así, que todos los conatos y fuerzas de las virtudes se enderezan á que el alma se junte á Dios, y entre Él y ella se celebre espiritual matrimonio, especialmente el ejercicio y estudio de la oración es medio poderosísimo para que con todo su entendimiento, afecto y memoria sea llevada y encaminada á Dios, y á sólo esto sirve y sólo esto pide la perfecta oración. Y entonces es tal, cuando el ánima consigue aquello que orando pide; de manera que, abstraída y apartada de todo punto de las cosas inferiores á ella, se junte y se una á las divinas, sin poder ni querer sentir algo fuera de Dios, ni reposar sino en Dios, gozando del resplandor de su luz, de la amenidad y regalo de su dulcedumbre, y de la abundancia y hartura de su paz. Digo, pues, que presupuesta la abnegación y mortificación (como vimos en

Esdras), y la descalcez de Moisés, de todo pensamiento terreno y carnal, sobre todos los ejercicios ha de insistir el alma en el de la oración. La cual conviene que sea continuada por toda la vida. Porque, sin ninguna duda, así como entre las personas muy desavenidas y desiguales no se suele celebrar matrimonio si no es con un tercero que entre de por medio y concierte las voluntades, así, sin la oración, que es la casamentera entre Dios y el alma, no hay tratar de llegarse á esta unión y cópula santa que deseamos. ¡Oh, cuántas veces he visto yo despedir de sí las madres á los niños, negándoles el pecho, y ellos, con ruegos importunos y lágrimas, forzarlas á que los tomen en brazos y se le vuelvan á dar! Pues ¿qué ha de hacer el alma que se siente y conoce desterrada y apartada de su Dios sino orar con importunidad y lágrimas, para que merezca apoyar y mamar aquellos divinos pechos, mejores que el vino de la mundana consolación y mayor suavidad y fragancia que todos los ungüentos preciosos?

Los académicos juzgaban por huérfanos de padre y madre á todos aquellos que, teniendo en poco la oración y los ruegos, despreciaban el convertirse y volverse á Dios. De aquí es que todos los hombres que en todas las naciones del mundo llegaron á tener nombre por la virtud, le ganaron con el santo ejercicio de la oración. Entre los indios, fueron aventajadísimos los brahmanes; entre los persas, los magos; entre los

griegos, los teólogos; entre los asirios, los caldeos; y esto, porque instituyeron fiestas á los dioses y las celebraron con oraciones y sacrificios. Pues ¿cuánta más razón hay para ocuparse el cristiano que conoce al Dios verdadero, y le está ya la puerta del cielo abierta, en orar siempre á Su Majestad de puro y humilde corazón? «Tantas canciones suavísimas canta el ánima á Dios (dice Prócuro), cuantas veces le pide lo que siente que le falta para unirse sin medio con Él. Mas, para que estas canciones vayan bien compuestas y no se halle alguna disonancia en ellas, se han de considerar cinco documentos admirables que Él mismo pone. El primero: *Conocimiento* de los divinos órdenes á que se allega el que ora. Porque no puede hacer esto con propiedad y perfectamente el que ignora sus propiedades. Por eso, en los oráculos, donde se daban respuestas divinas, se mandaba tener: lo primero, velas encendidas, esto es, luz, y conocimiento de aquellos á quien se pedía y de lo que se les pedía. Lo cual parece haberse tomado del Levítico, adonde mandaba Dios que en el altar de los sacrificios siempre hubiese lumbre encendida y cuidado de cebarla para que no se muriese.

El segundo lugar, después de este conocimiento, tiene la *afinidad* y parentesco que contrae el ánima con Dios, mediante la sinceridad absolutísima y perfectísima que en ella se ha de hacer, y de la expedición y fidelidad en las cosas

que nos son cometidas. Porque escrito está (1): *El que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los Cielos, éste es mi hermano, y hermana, y madre.* Quiere decir este doctor que para emparentar el alma con Dios y tratarle como hermano, hermana y madre, le es muy necesaria la sinceridad, pureza y fidelidad en cumplir lo que entendiere ser voluntad y beneplácito suyo.

De aquí se sigue lo tercero, que es el *contacto*, según el cual tocamos la divina esencia con la parte superior de nuestra ánima y, con humildad inclinados, estribamos en ella. De este contacto y familiaridad parece que habló San Juan en su *Canónica* cuando dijo (2): «Lo que oímos y vimos y tocaron nuestras manos del Verbo de la vida».

Síguese luego lo cuarto, que es *aplicación*, ó adhesión al sumo Bien, de que habla el Profeta por estas palabras expresas (3): *Muy bueno es para mí allegarme á Dios.* Y un oráculo se halla escrito (4): *El hombre mortal, llegándose al fuego, tendrá luz de divinidad*; deificarse há, y quedará endiosado. Esta adhesión y aplicación al fuego divino es de grande importancia, porque se nos comunica Dios mucho por ella, participa más de la divina luz y aprovecha también para la se-

(1) Luc., 12.

(2) Joan., 1.

(3) Ps. 72.

(4) Mortalis igni adherens, lumen divinitatis habebit.

mejanza de costumbres y extensión de afectos. De esta semejanza puede entenderse lo que dice el proverbio (1): *Donde hay similitud, es muy natural la unión*. Y para que se realice esta aplicación valen los afectos de que queda largamente dicho.

De aquí se viene á lo último tan deseado, que es la *unión*, mediante la cual, aquello uno que está en nuestra ánima es colocado en la unidad de Dios y somos hechos estables, y firmísimos, y reducidos á sólo un acto, según el cual no somos nuestros, sino de Dios, perseverando en la luz divina, abrasados de ella y guarnecidos, como vasos en sus vaseras, como aquella mujer que vió San Juan (2) vestida y engastada en la luz del Sol, donde no se hallan ningunas tinieblas.

Este es el fin y blanco de la oración, aunque no en ella se hace la unión; que, si oración es pedir lo que nos falta, no se dirá orar el que posee y goza lo que orando ha alcanzado, sino contemplar perfectísimamente; porque, como dice Ricardo (3): «Contemplación es una libre agudeza y vista despabilada del ánima, que mira los espectáculos de la divina sabiduría, que queda con la admiración suspensa». Por-

(1) Simile simili complicari, et conjungi natum est.—Proverbium.

(2) Apoc., 12.

(3) Lib. *De Arca mística*.

que aquel misericordiosísimo Señor que nos da licencia y manda que pidamos, que busquemos y llamemos, siendo por nosotros rogado é importunado, suele abrir alguno de sus retretes y secretos aposentos, adonde, entrando el ánima con los ojos despabilados y lavados con leche, como los de aquella paloma de los *Cantares*, ve y contempla los espectáculos de la divina sabiduría, esto es, aquellas cosas que en ella son dignas de ser conocidas, las cuales, de los hombres de este siglo y carnales, están muy remontadas y ocultas. Pero porque estos divinos espectáculos se extienden en infinito, no pudiendo el ánima comprenderlos, queda suspensa y con un pasmo y admiración grandísima. Que bien dijo el Sabio á este propósito (1): «Bendiciendo al Señor, ensalzadle cuanto pudiereis»; dilátase el alma y ensanche sus senos; alabe lo que alcanzaren sus fuerzas, que nunca llegará á lo que se le debe, porque excede toda alabanza. Nunca puede ser dignamente alabado, de ninguna criatura, ni de todas juntas. No te canses, pues, ánima mía, en las alabanzas de tu Dios; toma ánimo y esfuérzate cuanto pudieres, que siempre quedarás corta, aunque más y más le alabes. *Multa abscondita sunt majora his, pauca enim vidimus operum ejus*. Todo esto que ves en el mundo, y lo que has oído y leído, es muy poco y casi nada respecto de lo que en estos retretes

(1) Eccles., 43.

hay escondido y secreto. Aun los bienaventurados ven y conocen poco de ello; porque aunque ven á Dios como es, no le comprenden todo cuanto Él es, que al fin es infinito, y ellos tienen los grados de su virtud limitados. De manera que lo sabroso y gustoso y lo admirable de Dios, por la oración se alcanza; mas en la contemplación se gusta, la oración abre la puerta, y la contemplación entra y ve cosas que no es lícito al hombre hablarlas. Ni podría, aunque quisiese, porque no entra por ninguno de los sentidos corporales, y así ninguno es capaz de explicarlo. Lo uno y lo otro tocó el santísimo Job en estas palabras (1): Hará oraciones á Dios y aplacarle há si está enojado; descubrirle há su rostro y gozarále con júbilo.

Levantada, pues, el ánima á tanta gloria, al espejo de la claridad divina y á la vista de aquella cara de pascua, en la cual está la hartura y abundancia de todos los bienes, y en quien miran sin hastío los ángeles, siente un calor como de fuego, el cual se consigue de aquella luz reverberante, que hiere y envía sus rayos á ella; y con este calor y fuego se derrite y se resuelve, y así resuelta y derretida se hunde en uno con el mismo Señor, que la ilustra y enciende, como los metales en el lugar de su fundición.

Y no me reprendan (les ruego) los sabiecillos

(1) Deprecabitur Deum, et placabilis erit, et videbit faciem ejus in júbilo.—Job, 33.

del mundo que al mismo Dios quieren medir á palmos, y atar con las leyes de sus Matemáticas al que de todas las leyes está libre y exento; que lo primero que les avisé fué que no era para ellos esta doctrina. Parecerles há que de lo finito á lo infinito no hay alguna proporción, y, por consiguiente, que no puede haber unión. Lo mismo argüirán por la simplicidad de Dios, que, siendo como es simplicísimo, ni ha de mezclarse ni unirse con alguna criatura. Pues no me pueden negar, aunque quieran, que este Dios es uno y simplicísimo en muchas cosas, por mejor y más alto modo que el Sol, el cual en todos los lugares y partes alumbradas del orbe es uno. Y si éste, calentando y alumbrando tantas cosas, ninguna mixtura admite, ni se le pega algo de impuridad, ni recibe ofensa, mucho menos admitirá esto aquel Señor simplicísimo, que produce y derrama todas las cosas, y á su albedrío las vuelve y convierte á Sí. «Esta es, dice Platón, la vida de los dioses y hombres divinos: que, vueltos á Dios con circular movimiento, se sustenten de sus manjares y, convertidos en Él, descansen» (1). Ni hay por qué maravillarnos oyendo decir que Dios junta á Sí un alma y la une y transforma; pues vemos que este fuego inferior, quemando un madero y convirtiéndole

(1) Hæc est enim deorum et fælicium hominum vita; ut circulari motu in Deum reflexi, ejus cibis pascantur, et in ipsum conversi quiescant.—Plato in Phædro.

en sí mismo, ninguna mezcla en sí recibe de él. Luego mucho menos se le pegará aquel fuego infinito (de quien en el Deuteronomio se escribe que es consumidor) convirtiendo las almas en Sí mismo. Ni se requiere proporción de cantidad en la primera causa exenta y libre de las leyes de las causas segundas, fuera de las cuales no pueden ellas obrar; porque esta primera y suprema causa, aunque es de virtud infinita, extiéndese á la producción de cualquiera cosa por mínima que sea, y la une y junta á Sí y á su voluntad, aunque la disparidad sea tanta y el exceso tan grande.

Tiene, pues, y vale la ley de proporción en las causas que son de virtud limitada, pero no en Dios, agente excelentísimo, que excede y sobrepaja toda virtud natural, y á cuyo pestañear y mover de ojo obedecen y están prestas todas las criaturas; las que no son para ser, y las que son para obrar, y para otra vez volver á Él. Y esto se realiza especialmente en el hombre capaz del mismo Dios, y que nació para ser unido, entrando de por medio la fuerza del amor, que une al amante con el amado, y de dos hace uno, según que se escribe (1): *Dios es amor, y el que ama está en Dios y Dios en él.*

(1) Joan., 4.



CAPÍTULO XII

DE LA UNIÓN QUE PRETENDIÓ CRISTO ENTRE ÉL
Y NOSOTROS, MEDIANTE EL SANTÍSIMO SACRAMENTO DEL ALTAR.

BIEN claro mostró Cristo su intento en sacramentarse cuando por San Juan dijo (1): *El que come mi carne y bebe mi sangre, en Mí está y persevera, y Yo estoy y persevero en él.* Es decir en pocas palabras: El que me come es otro Yo, y Yo soy otro él; somos una misma cosa y vivimos una vida. Y es negocio llano que vida de Dios ni la podemos granjear, ni tener, sino por unirnos á Cristo, porque los extremos no se juntan en uno, sino por algún medio; el techo y el fundamento, por medio de las paredes; el invierno y el verano, por la continuación del tiempo; lo pasado y lo futuro, por lo presente; la cabeza y los pies, por la masa del cuerpo. Quitad estos medios y quedarán separados y de por sí los extremos. Quitad á Cristo, y apartaréis al hombre de Dios, y á Dios del hombre.

(1) Joan., 6.